

mo las mujeres no repudiaban la cultura. A algunas no les impidió su sabiduría ser canonizadas. Hay noticias de Santas Melania, Cesarina y Renilda, que en los monasterios de Arlés y de Maes Eych, enseñaban griego y latín. Santa Lieba escribió versos latinos; Santa Herosintha compuso dramas de la escuela de Terencio; Santa Adelaida daba lecciones de literatura; Hilda fué maestra de San Juan de Berveley, y tan instruída, que reyes y prelados iban a pedirle consejo. El monasterio de que era abadesa, se convirtió en un seminario de sacerdotes y obispos. Muchas jóvenes eran empleadas como copistas en las catedrales.

Estos ejemplos podían bastar a los que han dicho que «la mujer debe ser ignorante para ser virtuosa y que cumple mejor sus deberes cuanto más necia es». Precisamente todos los ejemplos de preclaras mujeres nos demuestran que las más ilustradas y conscientes fueron las más virtuosas. La animalidad y la ignorancia no son garantía de virtud.

Más tarde apareció la caballería, que hizo como una especie de sacramento de la investidura de caballero y exaltó los ideales del amor y el respeto a la mujer. Esta se convirtió en un don precioso y delicado, los caballeros eran sus vasallos, adquirió libertad de elegir esposo y derecho a ser defendida y considerada hasta el punto de que si en el siglo XIII una dama se quejaba de un caballero podían excluirlo de los torneos. Un verdadero caballero no faltaba jamás a las obligaciones con la mujer. Ellas presidían las fiestas y cortes de amor, concedían el honor de que su caballero llevase sus colores; y un guante, un pañuelo, una prenda suya era un verdadero tesoro. En el sitio de Cherburgo, franceses e ingleses suspendieron el combate para presenciar el duelo a que provocaba un caballero inglés a todos los que no confesasen que nadie estaba tan enamorado de su dama como él de la suya. La belleza de la amada era algo sagrado de lo que no se podía blasfe-

mar. Recordemos a Don Quijote cuando vencido por el falso caballero de la Blanca Luna, exclama: «Dulcinea es la más bella mujer del mundo y yo el más desgraciado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad. Aprieta, caballero, la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra».

Y sin embargo, nada hizo más daño a las mujeres que la caballería. Las durmió en el ambiente de adulaciones y homenajes; se acostumbraron a no oír más que la canción de sus alabanzas; se entregaron a la molicie, sin idea de ninguna responsabilidad social, como criaturas aptas sólo para el amor. Unas preciosas muñecas que realizaban la frase de lord Byron: «Con un espejo y almendras tostadas les basta para estar contentas».

Y así vemos que no van a las escuelas, no conviven con los hombres, no tienen acceso a las carreras, los que parecen concedérselo todo, todo se lo niegan. El mismo Código de Alfonso el Sabio dispone que las mujeres «no pueden armar caballero, ni aun siendo reina o emperatriz».

Es de Italia de donde parte la vindicación de la cultura femenina. Ya una mujer, Cristina de Pisa, hija de Tomás de Pisa, que hizo gran papel en la Corte de Carlos V, viuda joven, supo vivir y sostener a sus hijos con su trabajo literario. Su obra, «Tesoro de las damas», ofreció la novedad de que en vez de invocar los santos y las virtudes teologales, como era moda entonces, confía la obra de su emancipación a la *Razón*, el *Derecho* y la *Justicia*.

No existe ninguna gran dama en la Italia del *Quattrocento* que no posea, por lo menos, dos o tres idiomas y que no escriba versos. Son las protectoras de los poetas, las impulsoras de los sabios. Durante mucho tiempo continúan sobresaliendo en las letras. Victoria Colonna, viuda del marqués de Pescara, y amor platónico de Miguel Angel, es una gran poetisa y la bella Julia Gonzaga, inspiró a Juan de Valdés.